

PETROGLIFOS COLOMBIANOS (1)

Dispersos por ahí en varias comarcas de nuestro país, existen jeroglíficos de nuestros aborígenes que aún guardan profundamente sus secretos. Quizás esas grotescas inscripciones, pintadas o esculpidas en grandes piedras, así en Sardinata como en Pandi, en Gámeza como en Bojacá, en las orillas del Magdalena como en las breñas de la Sierra Nevada, son las primeras páginas de nuestra historia. Las razas primitivas dejaron en otros continentes sus fastos en papiros, medallas, pergaminos y vitelas. De los chibchas, pijaos, andaquíes y panches y de todas las otras tribus que habitaron nuestro suelo, no nos queda más huella de sus anales que esas extrañas figuras y signos hasta hoy indescifrados, y que no sabemos si son recuerdos de sus catástrofes, decretos de sus caciques, oraciones a sus dioses, calendarios de sus divisiones del tiempo o planos de sus terrenos y posesiones.

Los conquistadores, que algo hubieran podido recoger de los labios indígenas, preocupados, como era natural, tan sólo por la contienda en que estaban, ningún estudio hicieron en esta materia. Los primeros cronistas no sólo callaron sobre ello, sino que aseveraron que no tenían los aborígenes signos algunos de escritura. El Padre Aguado dice que entre estas naciones indígenas no ha existido ninguna clase de alfabeto ni figuras ni anti-gallas que pudieran retener la memoria de los acontecimientos.

El autor de *El Carnero* afirma cosa semejante. «En todo lo descubierto de estas Indias occidentales o Nuevo Mundo, ni entre sus naturales naciones y moradores, no

(1) Prólogo de un libro en el cual el señor Posada ha recopilado los jeroglíficos indígenas que existen en el país.

se ha hallado ninguna que supiese leer ni escribir ni aun tuviese letras ni caracteres con qué poderse entender, de donde podemos decir que donde faltan letras faltan cronistas y faltando esto falta la memoria de lo pasado. Si no es que por relaciones pasa de unos en otros». (1).

Juan de Castellanos menciona los jeroglíficos, pero vagamente y sin señalar ninguno especialmente, y opina que los chibchas no los tenían, cuando, como es sabido y se verá en estas páginas, no son pocos los que ellos dejaron. Estas son sus palabras:

*Carecen
De letras y caracteres antiguos
Según las hieroglíficas figuras
Que solían tener otras naciones
Que les representaban por señales
Los pretéritos acontecimientos.
De manera que solamente saben,
Y aun no sin variar en sus razones,
Cosas acontecidas poco antes
Que los nuestros entrasen en su tierra.*

Con respecto a los catios, afirma que sí tienen historia escrita, en esas enigmáticas inscripciones:

*Y aún entre sus avisos principales
Historian las cosas sucedidas,
Mediante hieroglíficas señales
En mantas y otras cosas esculpidas.*

Durante la colonia nadie procuró investigarse este punto y tan sólo Humboldt, en su prodigioso viaje, visitó varios de los lugares que guardan esos signos, pero no hizo detenido examen de los de nuestro país. Es raro que él no hubiera hecho algún análisis de tales arcanos. Escribió un capítulo sobre el puente de Icononzo, pero nada dice de la piedra de Pandi, que queda ahí al lado. En su obra *Sitio de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, donde tan lar-

(1) *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, por Juan Rodríguez Fresle. Capítulo II.

gamente habla de los jeroglíficos mejicanos, apenas aparece este párrafo relativo a nuestro país: «De figuras de tigre, de cocodrilo y otros caracteres que pudieran tomarse por simbólicos, se hallan cubiertas esas rocas graníticas que se levantan en las sabanas de la Guayana, entre el Caciquiare y el Conorichito; y quinientas leguas al noroeste, se encuentran análogos dibujos, en las márgenes del Orinoco, cerca de Encaramada y Caicara; en las orillas del río Cauca, junto a Timba, entre Cali y Jelima; y en la meseta misma de las cordilleras, en el páramo de Guanacas. No conocen los pueblos indígenas de estas regiones el empleo de los útiles metálicos, y todos convienen en que tales caracteres existían ya cuando sus antepasados llegaron a estas comarcas».

Anota también el sabio prusiano, hablando de Méjico, cuyos jeroglíficos sí estudió detenidamente, que aunque el uso de pinturas jeroglíficas era común a los toltecas, a los trascaltecas y a los aztecas y a varias otras tribus que desde el siglo VII de la era cristiana aparecieron sucesivamente sobre la altiplanicie del Anahuac, en ninguna parte ha encontrado cifras alfabéticas. Se puede creer, deduce de ello, que el perfeccionamiento de signos simbólicos y la facilidad con la cual se pintaban los objetos había impedido la introducción de las letras.

El doctor Ancizar, en su célebre peregrinación por las comarcas del norte, habló de algunas de estas curiosas piedras. Según su opinión, ellas conmemoran los grandes cataclismos ocurridos en épocas lejanas. Cree él, pues, que los indígenas sí tenían alfabeto o representaciones simbólicas para expresar sus ideas.

«Conocían también, dice, la escritura jeroglífica, destinándola a formar sus anales históricos. Y tenían nociones harto exactas de astronomía con relación a la duración del año solar y al advenimiento de las estaciones. De ello nos quedan los testimonios incontestables en el

calendario esculpido en piedra lidia, satisfactoriamente explicado por el erudito Duquesne, y en dos monumentos que han podido resistir la acción destructora del tiempo y de las manos ignorantes. Hablo de la piedra pintada en Saboyá, y de la roca piramidal llena de grabados que se halla en Gámeza: monumentos que conmemoran un gran trastorno físico acaecido en aquellas comarcas cinco siglos, por lo menos, antes del descubrimiento de América. La piedra pintada, llamada así por el vulgo a causa de los jeroglíficos que la llenan, dibujados con tinta roja indeleble, tuvo por objeto transmitir a la posteridad el repentino desagüe del lago de Fúquene, hoy reducido a la centésima parte de su primitiva extensión, habiendo roto sus antiguos diques por el lugar que nombramos Puente de piedras, y precipitándose las aguas hacia el país inferior de Guanentá por el actual cauce del turbulento río Saravita; de cuya manera quedaron en seco extensas y fértiles llanuras, que ofrecen al geólogo pruebas evidentes de su formación lacustre, y aproximadas de la época en que las aguas abandonaron aquellas cuencas circundadas de cerros. La pirámide monolita de Gámeza fue dispuesta sin duda para recordar el cataclismo, semejante a un diluvio, que produjo en las tierras bajas, por donde corre el río Chicamocha, el súbito desagüe del espacioso lago de Sogamoso, que desbordó hacia Gámeza por haberle caído sucesivamente las aguas de los lagos superiores que existían escalonados en el territorio de Tunja, de los cuales sólo quedó íntegro el altísimo y bello de Tota.

Que esas piedras conmemoran el movimiento y la terrible trasmigración de grandes masas de agua, lo demuestra la figura de la rana en ellas repetida con las mismas formas que aparece en el calendario chibcha para denotar el principio, la abundancia y el decrecimiento de los aguaceros en la estación lluviosa, como lo demostró

nuestro ingenioso arqueógrafo Duquesne. En la piedra de Saboyá, situada sobre las piedras que quedaron en seco, y orientada hacia el lugar por donde rompió el lago sus barreras, se repite la figura de la rana encogida, signo del decrecimiento y ausencia de las aguas. Por el contrario, en la piedra de Gámeza, erigida fuera del antiguo asiento del lago de Sogamoso, en el lugar en que cayeron las aguas rovolcando valles y serranías y excavando el lecho del Chicamocha, se ve grabada la figura de la rana con las patas abiertas y cola, signo de las aguas abundantes; y para indicar que esas aguas sobrevinieron repentina y desastrosamente, fueron grabadas también figuras de hombres en ademán de subir, extendidos hacia lo alto los brazos y en actitud de espanto.

Asimismo se ven a orillas del río Magdalena, cauce común que recogió los desagües de las tierras altas del norte, el centro y el sur de este país para verterlas en el Atlántico, varias piedras con jeroglíficos pintados, que si pudieran descifrarse atestiguarían sin duda las transformaciones que en remotos tiempos han sufrido las planicies de la grande hoya de aquel río, todas ellas de formación lacustre, donde los conquistadores encontraron las densas poblaciones de los yaporogos, coyaimas y natagaimas».

El doctor Zerda, en su interesante obra *El Dorado*, toca brevemente esta faz de los pueblos prehistóricos y conceptúa que la pictografía simbólica hallada en el territorio colombiano, fue ejecutada por una raza diferente de los indios conquistados por los españoles.

Para el señor Vicente Restrepo, que tan notable estudio hizo sobre los chibchas, los jeroglíficos de los aborígenes nada cuentan de sus crónicas y es inútil el tratar de descifrarlos. Mudos, dice, en razón misma de su origen, y condenados esos signos por la mano inconsciente

que los trazó a un silencio eterno, jamás podrá la vara mágica de la ciencia hacerlos hablar.

Su hijo don Ernesto, en su laborioso y acertado escrito sobre los quimbayas, da sobre las pictografías de éstos opinión semejante: «No tenían escritura. En sus antiguos dominios, diseminadas en las selvas, se encuentran piedras con dibujos de bija y con grabados que nada tienen de simbólico. En unas se ve una figura aislada, en otras dos o más, pero colocadas sin simetría, y no hay en ellas variedad ninguna. Generalmente son triángulos con uno o dos puntos en el centro».

Estudios especiales se han hecho también sobre varias de estas reliquias precolombianas, y de ellos hablaremos en su correspondiente capítulo.

Es el señor Triana quien, en su libro *La Civilización Chibcha*, recientemente aparecido, ha dado mayor amplitud a estas nobles tareas. Agrupa bastantes inscripciones en sus amenas páginas, recoge sobre ellas opiniones distintas, y nos da comentarios sesudos y penetrantes.

Atribúyeles él diferentes representaciones a aquellos monumentos arcaicos, y precisa el carácter de algunos según las razas que poblaron nuestro territorio. Con fina crítica hace notar la circunstancia de que todas las piedras de las tribus que subieron el Magdalena y sus afluentes, en remota invasión, son grabadas a cincel, al paso que las del reino de los chibchas están dibujadas con tinta roja, lo cual sirve para localizar con exactitud la comarca de éstos. Anota también que los signos de las primeras tienen independencia y ordenación en los rasgos, y los de las segundas se agrupan armoniosamente, dándoles unos ideas vagas, y los otros, sentimientos artísticos.

Unas piedras, según dicho autor, como la de Aipe y la de Sorocotá, simbolizaban las ferias o mercados que allí se celebraban, y sus signos representan los artefactos que

se negociaban, especialmente las alhajas. Otras eran el modelo que les dejara Nenqueteba para los tejidos y dibujos de sus mantas (y de su cerámica, agregaremos nosotros). Hay letras griegas en la de Pandi; en alguna otra dibujos que parecen fenicios (1); y un ladrillo guarda caracteres cuneiformes. En la de Ramiriquí ve la biografía de un cacique. La de Tequendama parece recordar la fábula de la madre de Bachue. Las de Facativá representan la una, que parece contemporánea de la conquista, el sometimiento de la tribu; y la otra, más antigua, el camino que seguía el Zipa de su cercado o palacio a la laguna sagrada. Varias donde aparece el mono, tienen reminiscencias chinas (2).

De todas ellas hablaremos en el lugar correspondiente. Años hacía que formábamos nuestra colección de ins-

(1) Refiere el señor Triana que el doctor Peñuela, canónigo de Tunja, vio en una librería de París, cuyo nombre ha olvidado, un álbum de jeroglíficos existentes en las costas de Africa, muy semejantes a varios de los chibchas, según él le escribió a dicho señor Triana. Atribuye el expresado canónigo a los fenicios aquellos dibujos.

Pensamos que el libro que vio dicho prelado fue el titulado: G. B. M. Flamand, *Les Pierres écrites (Hadjrat-Mektoubat) Gravures et inscriptions rupestres du nord African*—París. Masson, 1921 in 8 IV 434, p. planches fuera de texto y 262 figuras en éste. Un artículo sobre este libro en *La Géographie*, t. XXXVII, p. 252, por A. Bernard. También Humboldt halló semejanza con letras fenicias en una inscripción encontrada por un franciscano allá en el Orinoco, sobre las riberas occidentales del Caura.

(2) Dicho autor observa que el nombre de chinos dada a los diecillos de corta edad, y usado aún hoy, fue probablemente por la semejanza que tenían con los del celeste imperio. Nos permitimos anotar que la palabra chino en esta acepción es quechua, y así lo expresamos en el *Boletín de Historia*. Esta palabra se ha usado también en la Argentina. La hemos visto empleada en una novela de Wast, que pasa en tiempos del gobierno de Rosas.

cripciones rupestres (1) para publicarlas algún día, y al aparecer el libro del expresado señor, desistimos de ello por el momento, pues era esa relación tan minuciosa y completa. Pero ahora hemos pensado que tal vez sí conviene hacer un catálogo separado de todos los jeroglíficos, el cual sea como una guía para los viajeros estudiosos y un manual para todos los hombres aficionados a la investigación de los tiempos primitivos. Es nuestro trabajo sólo una enumeración de petrografías y un extracto de los escritores que han laborado sobre este yunque. La luz de una verdad plena aún no se ha hecho, pero yá de éste han saltado chispas de sabiduría y aparece como una vislumbre alentadora para seguir en esos propósitos.

«Creemos, dice el señor Robledo en su artículo intitulado *Fliptografía*, que debe procederse con la mayor cautela al hacer la interpretación de los grabados que han sido descubiertos, y que quizá lo más prudente sea acumular una gran muchedumbre de inscripciones, ordenarlas en armonía con los antecedentes históricos de los pueblos en donde han sido hallados, para ver si es posible reconstruir algo verdaderamente científico en relación con la escritura de los aborígenes» (2).

También el señor Triana indica la conveniencia de una compilación de estas inscripciones: «Podrían esas pie-

(1) La palabra rupestre no está en el diccionario de la Academia. Es, sin embargo, de correcta formación y la usan los arqueólogos españoles, como sinónima de petrografía. El señor J. M. Ibero publicó en la revista *Razón y Fe*, de Madrid, un artículo con el título *Grabados rupestres, calcolíticos en los alrededores de Oña* (Burgos) en marzo de 1923. El señor Cabré publicó un estudio llamado *El arte rupestre en España*. En francés se usa igualmente este vocablo. El señor Fraoidevaux escribió *Les gravures rupestres de la Guadeloupe & Leurs auteurs*. En nuestro país no hemos visto hasta ahora usada esta voz, y arriba quedó mencionada la obra de M. Flamand.

(2) *Repertorio Histórico*. Medellín, octubre, 1923.

dras comenzar a rendir sus declaraciones ante los etnógrafos, en el proceso que les han abierto a los siglos muertos, si entre nosotros se tuviera el cuidado, como trabajo preliminar, de coleccionar los dibujos que contienen, en orden geográfico, con el objeto de estudiar la posibilidad de que representen etapas centenarias de la marcha de las tribus invasoras al territorio colombiano».

Bien que aquí no van en el orden señalado de referencias históricas, indicado por el primero, ni de itinerario topográfico, señalado por el segundo, sí corresponde este trabajo, aunque deficiente, al anhelo de hacer un cuerpo de esos documentos arqueológicos.

En varios países se han hecho recopilaciones semejantes. Ya citámos en una nota la hecha en Algeria por el señor Flamand, la cual fue costeadada por el gobierno de aquella posesión francesa, y podríamos enumerar algunas más, mas ello alargaría demasiado este prefacio.

¿Pero cuál es al fin la interpretación de esos saxeos escritos? preguntan las gentes al ver estudios de esta clase, creyendo que los autores van a dar la solución apetecida y pueden ya leerse los jeroglíficos cual si fuesen letreros de idioma conocido. No a tanto se debe aspirar, pues magna como ninguna sería tal empresa. Mas de opiniones varias, de indicios más o menos vehementes, de conjeturas audaces o tímidas, de tantos otros medios de análisis y de crítica, se puede ir encauzando la corriente de investigación. Con estas publicaciones se pone a los arqueólogos sobre el rastro, y al fin se hallará, un día, el Champollión que arranque a las duras piedras sus milenarios secretos; piedras a las cuales golpeamos hoy como Miguel Angel a su Moisés, gritándoles: ¿por qué no hablan? o parodiando los versos de José Asunción Silva a las estrellas: ¿por qué calláis si estáis vivas, por qué alumbráis si estáis muertas? les decimos: ¿y por qué si son fútiles esas pinturas y grabados, las seguís guar-

dando por sobre todas las inclemencias a través de los siglos? y si son trascendentales, por qué permanecéis mudas como la esfinge del desierto?

Avanzar nosotros un dictamen cuando somos tan sólo coleccionistas, sería aventurado. El mismo señor Triana que tanto ha penetrado en esos laberintos y que con su poderosa lámpara nos guía entre las densas tinieblas, pone estas modestas frases en su citado libro: «Mil fantasías fatigantes ¡por el mismo estilo, creaciones de la sobreexcitada imaginación de los jeques o sacerdotes que guardaban estos santuarios, desafían hoy la interpretación de quienes pretenden descifrarlas. Cuidadasas precauciones deberían observarse, por consiguiente, para no extraviarse en la investigación».

Y más adelante agrega que en un gran número de piedras la imaginación provoca a interpretaciones aventuradas, las cuales no es conveniente acometer sin fundamentos, como ha solido hacerse, para no difundir errores que al llegar a popularizarse es muy difícil desarraigar, como el quitarle a la rana chibcha su papel de precursora de lluvias en el almanaque que le atribuyó el canónigo Duquesne, o de señal de desagües, que le atribuyó el doctor Ancizar.

Nos inclinamos sí a tener por inscripciones sagradas esas pétreas escrituras. Los indios de nuestro país, que no habían levantado edificios para sus oraciones y sacrificios, tenían como adoratorios los bosques, los picachos y las lagunas, y estas piedras eran, probablemente, sus altares. De ahí que en muchas aparezca el sol, que era su dios. Las otras figuras, ¿no serán los ídolos y creaciones deformes de su bárbara mitología?

No habría abecedario ni escritura fonética, pero sí parece indudable que aquellos signos no son meros dibujos

inexpresivos y que existían la escritura simbólica o la figurada. Esas pinturas y esos grabados con tintas indelebiles, con figuras semejantes, en lugares recónditos y con atributos de sus fábulas, no pueden ser pasatiempos insustanciales. Los signos están en desorden si los comparamos con nuestros manuscritos e impresos, ¿pero acaso sabemos cuáles eran sus métodos y su estética? Los griegos tenían el sistema bustrófedon que llevaba las líneas de derecha a izquierda para volverlas en sentido inverso a manera de los surcos hendidos por el arado; los aztecas escribieron sus calendarios de abajo para arriba y de diestra a siniestra, de modo que lo que parece su último mes es el primero. Chinos y japoneses usan también en sus libros procedimiento contrario al nuestro. Y esa dispersión de figuras sobre las rocas ¿no serán emblemas de campiñas, de ciudades, de batallas o de las constelaciones del cielo? Irregulares y fantásticos son, por lo general, los mitos de las religiones paganas, aun entre el pueblo heleno donde reinaron la belleza y la armonía. Los mismos jeroglíficos que hoy pintamos como entretenimiento o rompecabezas y que dan una frase completa quedan asimétricos y sin ningún alineamiento. Al desaparecer en remota posteridad nuestra actual civilización se dudará quizás que ellos pudieran tener algún sentido.

Al agrupamiento o *corpus* de inscripciones rupestres que hoy hacemos, podrá unirse luego otro de todas las de América, y aún las del mundo entero, y formarse un gran bloque de tales leyendas prehistóricas, para el estudio de los sabios y deleite de los curiosos.

«Coleccionados, clasificados y comparados los dibujos de las piedras dispersas en el territorio de Colombia, dice el citado señor Triana, desde las costas del océano hasta los más profundos repliegues de los valles que le tributan sus aguas, se podría deducir el grado de desarrollo mental que tenían los diversos pueblos que ocuparon sucesiva-

mente el suelo, su permanencia en él y hasta las circunstancias que concurren para su abandono».

Llegará, sin duda, el día en que se aclare este arcano de los petroglifos. Siglos enteros guardó el Egipto el secreto de sus momias, de sus columnas y de sus templos, y al fin apareció el sabio que penetró en el profundo misterio. Myriam Harry, en sus preciosas narraciones sobre el valle de los reyes y de las reinas, ha dicho recientemente: «La misión científica no había logrado descifrar la misteriosa escritura jeroglífica. La nación más parlante que descendía a los hipogeos a referir su historia y que subía a gritarla a los cielos en la punta de sus obeliscos, había quedado muda para ella» (1).

Y sin embargo, habló al fin porque estaba ahí el lenguaje de otras éras. La piedra Roseta, que nadie entendía, resultó escrita en tres idiomas, uno de ellos jeroglífico. Los nombres de Cleopatra y Tolomeo encerrados en una elipse, y que adivinó el sabio francés, sirvieron para reconstruir todo un alfabeto.

Así como los incas tenían sus quipos, y los mejicanos sus códices, nuestras agrupaciones indígenas ponían en los grandes bloques de basalto y de granito sus leyes, sus plegarias o su historia.

Bien que aun hoy no se traduzcan fielmente esos sibilinos vestigios, ya se ha adelantado algo en fijar los pueblos que dejaron tales huellas, y en descifrar algunas figuras. Conjeturas serán, pero por ellas se puede entrar a los caminos de la verdad.

Henry Vignaud, al terminar, con algunas suposiciones, su eruditísimo estudio *El problema de la población inicial de América*, pone estas palabras, que pueden repetirse en problemas como el presente: «No ignoro que concluyendo, como lo he hecho, me expongo a ser acusado de ha-

(1) Artículo publicado en *L'Illustration*, 1.º marzo, 1924.

berme apoyado sobre hipótesis. Esta acusación no me afectaría. La hipótesis es un útil y fecundo medio de investigación cuyo uso es a la vez legítimo e indispensable. Ninguna ciencia se ha constituido sin haber recurrido a ella».

Y así es en verdad. De presunción en presunción se llega a la plena prueba; y de pista en pista se descubren las recónditas guaridas. Los arqueólogos, como los criminalistas y los cazadores, hacen al fin su hallazgo, y estas duras moles, que ya empiezan a balbucear sus revelaciones, serán al fin parlantes como las mortajas exhumadas en los valles de Menfis o los mármoles extraídos en la isla de Paros, o de las ondas cenagosas del Tíber.

La palabra petroglifo no está en el diccionario de la Academia. Es, sin embargo aceptada por los arqueólogos para significar las pinturas y grabados en las piedras. La hemos visto usada por revistas españolas, como *Razón y Fe*, en el artículo del señor Ibero, que mencionaremos adelante. En inglés conocemos varias obras que la usan, como, por ejemplo, éstas: Thomas Huckerby, *Petroglyphes Saint Vincent*; de Theodoor Booy, *Ondrian Petroglyphs in the Antilles*.

«Se sabe lo que son los petroglifos, dice H. Froidevaux, grabados y pinturas que representan más o menos sumariamente hombres, animales y objetos diversos. Ellos son los primeros balbuceos del arte—y a veces hasta verdaderas obras de arte,—y preciosos recuerdos de tiempos que ya no son».

El Diccionario Espasa define así: *Petroglifo*—Denominación que se da a una roca groseramente esculpada que se ha encontrado en Africa y América.

El mismo dice que *Pictografía* es la representación directa de las ideas por medio de signos gráficos que no

representen inmediatamente sonidos o fonemas sino, los objetos por ellas representados; que el verdadero nombre debía ser ideografía, y que los distintos signos ictográficos o pideográficos se llaman ideogramas, como los de la escritura fonética se llaman fonemas.....

El señor Triana deduce del empleo de la rana y otros animales a manera de símbolos, que era el principio de la escritura ideológica: «No está, pues, agrega, mal empleado el nombre vulgar de jeroglífico dado a los dibujos de las piedras pintadas, ni es errónea la creencia muy generalizada de que los indios chibchas usaban esta forma de escritura».

EDUARDO POSADA